

CRONICA
MAS ALLA...

A ti, José María, que nada más despertar, embargado de sombras absurdas, te conté aquella buena mañana que despejó incógnitas mentales y recelos miedosos, el macabro proceso del sueño alucinante.

Habla la noche, con un coro de suspiros, de murmullos. Lenguaje profundo y extraño que predispone al espíritu a las fantasías y divagaciones.

Luciernagas brillantes de luz plateada, son las estrellas, colgadas al techo azul de la noche.

Las líneas de los tejados se dibujan puras, rítmicas, en las casas fronterizas.

La calle está solitaria. Los focos bañan con su luz blanca el pavimento. Balcones entreabiertos a la tibieza otoñal de la noche; balcones con luz, y detrás a través de las persianas, unas sombras imprecisas, que observamos atentamente, con un vago recelo de misterio.

Lejos, detrás de las tapias, en las corralizas anegadas de luna, aullidos fuertes de perros inquietos.

Cansancio. Tedio. Somnolencia.

Antes de caer en el lecho, una ojeada desde el balcón al corral; está en tinieblas porque la luna no llega abajo y queda prendida a los tejados. Las estrellas oscilan, parpadean... Un gallo bullicioso y alborotador lanza su grito que se prolonga acerado y frío en la quietud de la hora.

Sobre una tapia un gato negro, lustroso, flexible, lanza maullidos gemebundos. De pronto sus ojos me miran.

Yo lo miro igualmente, y así permanecemos largo rato.

Tienen las pupilas del felino fosforescencias extrañas, relampagueos fugitivos y rápidos. No se puede precisar su color, verduzco, pálido... ¡Ojos sin fondo, como cavernas profundas iluminadas por antorchas murientes!

Estoy como hipnotizado, siento un espanto supersticioso. ¿Iré a morir? me pregunto. Y enseguida el animal clama nuevamente.

Me acuesto. Fumo. Medito. El fuego del cigarrillo cubierto de ceniza, es de un color rosa obscuro. Lentamente se va apagando, tornándose más opaco; es como uno de los ojos que hace rato se clavaron en mí. Esta impresión me obsesiona.

Me voy durmiendo. Mi cabeza, es un latir sordo de ideas encontradas, de pensamientos tenaces, de presentimientos agoreros. Entre las nebulosidades que me embargan, unos ojos fúnebres, siniestros, se destacan ingentes.

Negro. Una claridad confusa y espectral asciende lentamente en volutas lívidas, como humo que surge de una hoguera. La clari-

dad se fija, se detiene. Flota ingravida, inmóvil. Puro nuevamente oscila, se remueve y hace una figura que todos hemos visto con espanto en dibujos: Una frente pelada. Unas mandíbulas desnudas. Una osamenta redonda. Unas cuencas oscuras, vacías, sin luz y sin llama. Una larga mano se extiende. Descorre algo que no veía como una cueva, y al fondo una luz temblorosa que se mueve y ondula.

La borrascosa figura ha desaparecido. Pero solo la figura; su ser, su espíritu, lo advierto en el ambiente en que estoy, me envuelve con la túnica impalpable de su presencia.

Silencio. Nada se oye. Ni un murmullo, ni una voz.

Estoy en un mundo hermético. Empiezo a andar hacia la luz que he visto allá al fondo. Alguien me sigue, calladamente, sin ruido. Me vuelvo; nada. La misma negrura, la misma obscuridad, cerrada y densa. He llegado a mi objetivo.

Es un cuadro triste, de una sobriedad dramática. En un rincón, entre sombras, una silueta gime y llora. A la luz de un pábilo que arde chisporroteando, contemplo las blancas paredes y sobre una mesita algunos libros, un vaso de agua, un cigarro apagado. Los libros son para mí antiguos conocidos: ¡Cuántas horas releíendolos! Estoy absorto. Es mi habitación, sobre la cama destaca una forma inmóvil.

La cara yerta, tiene una amarillez desnuda, de cera. Las manos juntas. Un mechón de pelo sobre la frente. Me acerco y un frío mortal me sobrecoje. ¡El cadáver soy yo! Y contemplo atónito, aterido de miedo, de espanto, mi cuerpo inmóvil.

Algo existe junto a mí que empieza a hablarme. Su voz, es hucca, profunda y abre sendas en las negruras de mis ideas: «... tu cuerpo no es nada... los mortales no te ven.

No tienes forma. Desde que empezaste a dormir tu última noche de la tierra, has dejado de ser lo que eras... Desde entonces, tú, alma moras en un mundo negro estéril, rozándote con otras almas que no ves. Alguna vez dejaré que te asomes al vasto panorama de la tierra; contemplarás las figuras amables de ancianos, de amigos que conociste; verás el curso de los que suben al pináculo de la Gloria, de la Fortuna, a los que descienden por las laderas abruptas del Fracaso...»

Visiones dulces me asaltan. Veo un cuadro sencillo, que ví con inexplicable emoción poética en mis años infantiles.

La Iglesia de Santa María. El Pretiil soledoso, tranquilo. Los

árboles viejos. La puerta antigua, orlada del arco en ruínas.

El torreón formidable con sus ventanas ojivales, el musgo que crece en las hondas grietas, las cigüeñas que se paran en la cúspide, las campanas que hablan acompasadas, al espacio y a la tierra...

Pienso en los últimos momentos de mi vida en el Mundo. Los ojos del gato fijos y fulgurantes. Entonces presentí en ellos, algo misterioso, fatal, que anunciaba mi fin.

Y vuelvo a oír la voz que había hablado:

«Si, yo estaba en los ojos sin fondo, brillantes del gato que se quejaba a la Luna con sus maullidos, en el grito acerado del gallo, en los mil ruidos apagados únicos de la noche, que a ti te parecía, cuajada de sombras, de palpaciones densas y melancólicas»

Sombras. Me envuelven en una especie de cielo que no lo es. Que no lleva nubes negras, nubes plomizas, ni es azul, como un día glorioso de Primavera, que no es gris, ni tiene manchas sangrientas...

Y otra vez la boca que silba palabras:

«Tu pluma, peregrina de formas plásticas, de sonoridades dulces, de prosa sumisa y dolorida, de anhelos locos, de ansias de gloria, duerme...»

«Tú, soñabas con la celebridad... Las trompetas de la fama no desgranarán sus notas, esparciendo tu nombre a los cuatro vientos... La fatalidad que soy yo es más poderosa que todas las fantasías juntas, que todas las imaginaciones anhelantes.»

Las voces del haz de mi pensamiento, callan...

No pueden manifestarse. La pluma está oxidada, allá en un cuartito claro, amable, lejano, lleno de libros gastados, de cuartillas blancas de cuartillas nítidas, de cuartillas emborronadas, que guardan pensamientos, ideas, personajes apenas balbucientes, personajes que llené de emoción... Personajes, ideas, pensamientos, que morirán de frío, de pena, de abandono, llenas de polvo, en sus lechos de papel...

¡Adiós Esperanzas! ¡Adiós ilusiones! ¡Adiós fantasías! Estoy perdido. Perdido para siempre. Mi alma errante vaga por la Eternidad. Allí en el molesto sitio donde puse mi nombre, otros colocarán los suyos. Sin pena, ni gloria. Las sedantes rosas del olvido, crecen... Quizá alguna imaginación amiga nos recuerde, alguna voz que platicó con nosotros pronuncie nuestro nombre...

Asciende el sol lentamente. Avanza la mañana. Ya cada grado de elevación que el hastío alcanza, mi cabeza se ve libre de alucinaciones, de pesadillas...

El cielo está azul. Está limpio

CASA SANTOS

Por la extensa variación de nuestros artículos y por su exquisita confección somos constantemente visitados por el público selecto

CASTELAR, 13-

La escuela de la República

No era frecuente en el régimen monárquico, que tantos perjuicios causó a España durante su dominación, la extracción de hombres sanos de la más modesta capa social, para que ocuparan cargos públicos de responsabilidad.

La República, que no admite altos ni bajos cargos, ha venido a esto: a buscar a aquellos hombres a quienes alcanzan las mejoras.

Un régimen que obra de esta manera tiene la ventaja de encontrar en los momentos precisos el hombre que necesita. La fuerza de la República consiste, aunque muchos lo ignoren, en sacar sus hombres de las canteiras del pueblo. Si la monarquía no pudo resolver nunca los problemas de España era porque estaba nutrida por plutócratas, banqueros, clericales y capitalistas que no sentían, ni conocían los problemas de la vida nacional, legislando casi siempre para los intereses que representaban, siendo en muchos casos sus propios intereses.

Las ventajas del régimen republicano es que ahora los problemas del pueblo están en manos de los representantes que él elige

La República significa para la ciudadanía el respeto a sus decisiones, el reconocimiento de sus libertades, cualesquiera que sean, estando encargadas bajo la legalidad que ampara una ley ampliamente democrática; la admisión de todas las convicciones, sin menoscabo para las personas que ostentan ideas completamente opuestas por su origen, finalidad y sentimiento; el acceso a los más altos puestos de la nación, sin que para ello haya de tenerse en cuenta otra condición que el propio mérito, y la tranquilidad de que la Justicia esté al servicio de quien la merezca, nunca de quien la necesite.

En este régimen popular no debe existir la abstención política. La República es el régimen que la voluntad nacional se impone por medio de sus partidos políticos. La lucha de estos partidos políticos es necesaria porque de ella salen los verdaderos valores; y como una pista en la que alcanza el triunfo quien tiene más perseverancia, mejores aptitudes y más voluntad.

La escuela de la República son los partidos políticos.

La monarquía disponía de las sacristías, de los confesionarios, de los colegios conventuales, de

el cielo, hasta el confín del horizonte; un pájaro se posa saltarín y gozoso en un barrote del balcón...

ANGEL PALMERO UGENA

las damas aristocráticas y de los espadones. La República, más noble y más humana, más generosa y con mayor sentido de responsabilidad, no quiere privilegios ni favores, se asfixia con otro aire que no sea el de la calle, puro, limpio, fuerte y vive con los brazos abiertos, siempre en cruz para admitir y amparar a todos los ciudadanos.

¿Cuándo hubo en España verdaderos partidos políticos?

Porque no los hubo es muy natural que aquí se ignore lo que es esto. Antes, los mercaderes de la política pagaban las actas, y estas actas compradas eran la garantía de que se valían los privilegiados para asaltar las arcas del Estado y los altos puestos del poder. ¿Qué problemas iban a resolver los mismos hombres que los creaban?

La República no puede ser nunca el régimen de una clase, tiene que ser del pueblo donde el trabajo sea el único triunfo; donde la aristocracia sea la del espíritu y la de la inteligencia; donde el presupuesto del clero desaparezca totalmente, para los que quisieran la religión la pague; donde el Ejército, no esté al servicio exclusivo de una jerarquía, si no que robustecido por el calor popular sea el defensor de la nación. Las grandes democracias son las únicas que pueden resolver los idearios encontrados del pueblo donde cada partido político tiene su programa y lo defiende con el ardor y la fe que merece, siendo por esto respetada de todos. Y si la senda de la República son sus partidos políticos, a nadie puede molestar que uno de estos partidos triunfe en los comicios, porque ello es prueba evidente de que el pueblo quiere lo que eligió sirviendo de acicate a los triunfadores y de lección a los vencidos, para llegar, siempre en medio de una lucha noble a una perfección en los métodos que han de regir la vida pública, y con ello a la implantación de esa sociedad equitativa y serena que necesita la humanidad, donde a todos nos alcancen y sean para todos: el orden; la paz y el trabajo.

CLEMENTE CRUZADO

Juan García Morales
PRESBITERO

Su libro

¡Hipócritas!

¡Farsantes!

¡Fariscos!

visión de la España derechista

Su halla de venta en

Librería Mata

PRECIO 3 PESETAS

Descuentos especiales para
Sociedades Obreras

GRANJA AVICOLA

con casa vivienda, compuesta de cuatro habitaciones y cocina

Cuatro gallineros para reproductores y uno general. Pollería en cristalada para pollitos. Gallinero portátil.

Con 180 aves de diferentes razas.

Se cedería en buenas condiciones

Razón: Al. Ozano 5.